Según hemos oído el Sr. Obispo lo desea vivamente y se lo tiene así indicado.

Mucho nos alegraríamos que el punto que para ello se designe fuera Teruel, para lo que el Ayuntamiento podría ceder el ruinoso edificio de San Francisco.

¡¡Que mejor destino podría dársele!!—De *El Ferro-Carril.*)

Ha fallecido víctima del cólera y á las pocas horas de llegar á Santa Eulalia, uno de los dos Hermanos hospitalarios que llegaron á dicho pueblo á asistir coléricos.

¡Dios habrá premiado con su gloria al mártir de la Caridad! —(De *El Ferro-Carril.)*

Con sumo gusto damos cabida en nuestras columnas á la siguiente carta:

«Sr. Director de *El Siglo Futuro.*—Ciempozuelos, 28 de Setiembre de 1885.—Muy señor mio y de mi mayor consideración: Contando con el valioso concurso de Vd. para cooperar á las buenas obras, tengo el gusto de remitirle copia del oficio que el Superior de los Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, en España, cuyo centro reside en ésta, acaba de dirigir al Excelentísimo señor Ministro de la Gobernación, con el cual viene á coronar, digámoslo así, la heroica campaña anticolérica que, desde que se inició ésta en España, vienen sosteniendo los referidos Hermanos, pues desde entonces no paran, ansiosos de ir asistiendo á los atacados, en cuantos puntos han sido solicitados, presentándose espontáneamente en otros muchos en donde han sabido que la epidemia hacía estragos.

»Habiendo sido su asistencia de felicísimos resultados, como lo pueden decir en la provincia de Madrid, Aranjuez, Ciempozuelos, Chinchón, Colmenar de Oreja, Villarejo de Salvanes y Carabanchel Bajo; en la de Teruel, la capital y muchos de sus pueblos, como Calanda, Foz-Calanda, Cantavieja, Codoñera, Mas de las Matas, Rubielos de Mora, Visiedo, Sarrión, Gea de Albarracín, Santa Eulalia y otros varios, así como en el Pobo, de la provincia de Guadalajara.

»En la capital de Granada, en donde han prestado sus servicios en el hospital de coléricos de Santo Domingo y de la casa de los Pisas y asistido á muchos en sus domicilios, y en la provincia de Málaga, en que actualmente lo están prestando en la villa de Junquera y á donde hoy mismo piensa el referido Superior mandar nuevos refuerzos por haber recibido carta de sus Hermanos de que el cólera continúa allí haciendo grandes estragos, y que uno de los Hermanos está gravemente invadido.

»Como creo que las buenas acciones conviene que sean conocidas cuando ha de servir de ejemplar estímulo en bien de la humanidad, y constándome su laudable celo por hacer público todo cuanto á esto tienda, espero se sirva insertar en su apreciable periódico, lo que tengo la satisfacción de manifestarle en ésta.

»Con esta ocasión tengo el honor de ponerme á sus órdenes, y dándole las gracias anticipadas, me profeso cual su atento afectísimo S. S. y médico Q. B. S. M.—*José Rodrigo González.*»

Copia que se cita en la carta anterior.

Excmo. Sr.: El que suscribe, Superior de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios en España, tiene el honor de exponer respetuosamente á la digna consideración de V. E. que, habiendo ya regresado los Hermanos que estaban asistiendo los coléricos en distintos puntos de varias provincias de la Península, sin lamentar más pérdidas que las de dos amados Hermanos; los que, como envidiados mártires de la caridad, volaron al cielo y solo continúan ejerciendo en la actualidad esta obra de misericordia, dos en Carabanchel Bajo (Madrid), y otros dos en Junquera (Málaga). Cumple al deber de caridad, según nuestro santo Instituto, de reiterar á V. E. el ofrecimiento que hizo á

principio de la epidemia de que nuestro personal está siempre á la disposición de V. E., para ir á los puntos más epidemiados para asistir á nuestros semejantes con todo el amor de nuestro corazón, aprovechando los conocimientos y práctica adquiridos en la larga campaña anti-colérica que desde un principio venimos sosteniendo, tanto en los hospitales como á domicilio de los enfermos, sin retribución de ninguna clase y sólo admitiendo una modesta alimentación.

Dios guarde á V. E. muchos años.—*Benito Menni.*— Excmo. señor Ministro de la Gobernación del reino.

Los Hermanos que han fallecido asistiendo á los coléricos son los siguientes:

Fr. Francisco Sáez de Gordoa, profeso de votos perpetuos, natural de Aguamandi (Álava) de 26 años de edad, falleció en Granada el día 6 de Agosto de 1885.

Fr. Lucas Rafael Vázquez Montes, novicio, natural de Lucena (Córdoba) de 20 años de edad, falleció en Santa Eulalia (Teruel) el 19 de Agosto.

Fr. Casimiro Evaristo López Villaseca, novicio, natural de Zaragoza, de 27 años de edad, falleció en Junquera (Málaga) el día 25 de Setiembre.

Los Hermanos de San Juan de Dios por conducto de su superior el P. Benito Menni, se ofrecieron á desempeñar el cargo de enfermeros y asistir á los coléricos, sin retribución de ninguna clase atentos sólo á cumplir su caritativa misión en cualquier punto do fuesen llamados poniéndose al efecto á disposición del excelentísimo señor Ministro de la Gobernación y de las autoridades locales. Sus servicios fueron aceptados en muchas partes y fueron tales que arrancan palabras de gratitud de que queremos dar una pequeña muestra.

En Ciempozuelos ya sabemos el heroísmo que desplegaron del que dió patente testimonio el propio señor Ministro de la Gobernación en la visita que giró por la población y en documento del señor Alcalde que entre otras cosas dice «que en 24 de Junio último cuando la población estaba conmovida ante la terrible invasión del cólera de que fué víctima y cuando no había quien por ningún interés quisiera dar asistencia á los coléricos que eran trasladados al hospital, se presentaron espontáneamente los dignos superiores y ofrecieron personal suficiente que cumplió con su noble y caritativa misión con el valor que distingue á los individuos de la Orden, administrando los medicamentos en la forma prescrita por los señores facultativos, obrando muchas veces como hábiles practicantes y amortajando á los muertos; después hasta la terminación de la epidemia siempre han estado prontos al socorro de los enfermos y hasta facilitándoles aguas potables á los que carecían de ellas, que eran muchos.»

Siguió luégo el señor Ministro el pueblo de Aranjuez, la villa de Chinchón, el pueblo de Villarejo de Salvanes, el de Perales de Tajuña, el de Colmenar de Oreja, el de Getafe y finalmente el Carabanchel Bajo, cuyas palabras merecen consignarse: pues luégo de haber enumerado los servicios inmensos prestados á la población por los Hermanos termina así: «Ciertamente que no necesitan nuestro

modesto elogio y sincero aplauso los que como Vds. no tienen otra norma de conducta que el sacrificio de la existencia en beneficio de los que padecen y sufren ¡que mucho pues, que por todas partes resuenen ecos de admiración hacia esos seres en quienes Dios parece haber infundido los más generosos impulsos, esa abnegación y ese heroísmo, verdaderamente magnífico! Dígnese etc.» — Hasta aquí los pueblos auxiliados de la provincia de Madrid.

En la villa del Pobo, provincia de Guadalajara, ocurrió un hecho providencial; atravesaba viajando el P. Benito Menni aquella población, invadida por el cólera de una manera espantosa, y en aquel momento en situación más angustiosa y aflictiva por carecer sus numerosos enfermos de los recursos de la ciencia, pues el médico de la localidad se hallaba gravemente invadido; sabe esto el celoso P. Menni abandona el viaje y llegándose al pueblo visitó en el espacio de 18 horas más de ochenta enfermos, habiendo hecho á los más graves hasta tres visitas, prodigando á todos, los recursos de la ciencia y librando á muchos de una muerte próxima. Después de esta visita desapareció la enfermedad. ¿Hay algo más sublime?

De Granada no hemos de decir otra cosa, sino que los Hermanos consta por unánime testimonio que se portaron como á verdaderos Hijos de San Juan de Dios. No sabríamos dictar mejor elogio.

En el pueblo de Junquera, de la provincia de Málaga, conservarán eterno recuerdo de la heroicidad desplegada por los caritativos Hermanos. Allí agobiado de fatiga y después de ser el consuelo de multitud de atacados fuélo á su vez el hermano Casimiro López y con la resignación y conformidad de un justo y en medio de las lágrimas que abundantemente derramaban cuantas personas tuvieron noticia del desgraciado suceso, voló al cielo. Mas no fué esto óbice para detener el celo de los Hermanos, antes al contrario, otros lo reemplazaron hasta terminar la epidemia, y al retirarse á sus casas lleváronse consigo la admiración y cariño de todo el vecindario que con lágrimas en los ojos y profundo enternecimiento en el corazón salió en masa á despedirlos, demostrando palpablemente la profunda gratitud que embargaba el ánimo de todos por los imperecederos recuerdos de grandeza de alma é inagotable caridad que en pos de sí dejaban.

Al estallar el cólera en el Manicomio de San Baudilio del Llobregat en Barcelona, el Superior telegrafió al señor Gobernador de Barcelona, ofreciéndose en todo y para todo. Por fortuna se hallaron á mano medios con que hacer frente á la epidemia y no hubo necesidad de apelar á sus heroicos ofrecimientos, sin embargo las Autoridades superiores agradecieron profundamente la oferta.

El Gobernador de Sevilla también contestó á semejante ofrecimiento aceptándolo para el caso, que por fortuna no llegó, de desarrollarse el cólera en aquella capital.

Finalmente el vasto campo de sus operaciones fué la provincia y diócesis de Teruel. Es admirable el ver como los pueblos se arrebataban estos humildes héroes de la caridad, y era consolador ver desaparecer la epidemia á su presencia. Leemos en una comunicación del pueblo de Santa Eulalia que presenció la santa muerte del hermano Lucas Vázquez, que hallándose el hermano Bernardino asistiendo á D. José María de Soto fué tal el esmero en su servicio, que éste atribu-

yendo su salvación á los cuidados que le prodigaba, no pudo menos de exclamar: *que ni el mismo Rey podría estar mejor cuidado que yo.*

El alcalde de Cantavieja certifica «que los dos Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios que estuvieron en ésta el pasado Agosto con motivo de la enfermedad del cólera-morbo, además del buen comportamiento y trato con los enfermos que visitaron, que fueron muchos, y del interés que demostraron en prodigarles toda clase de auxilios tanto espirituales como corporales, operaron muchas veces como expertos practicantes en la medicina, habiendo contribuído notablemente su presencia y auxilios á la disminución, y si se quiere paralización de la invasión de las víctimas, que la falta de médico y el pánico estaban causando.»

Para no multiplicar citas insertaremos las comunicaciones del Gobernador de la provincia de Teruel y de su dignísimo Prelado que forman la verdadera corona de gloria de tan buenos Hermanos, á cuyas palabras nada comparable podemos nosotros añadir. Dice el primero «que los Hermanos de San Juan de Dios, procedentes del Establecimiento instalado en Ciempozuelos que vinieron á ésta á prodigar sus auxilios durante la invasión del cólera-morbo asiático, según resulta de los antecedentes adquiridos, los pueblos de la misma á donde fueron son: Calanda, Foz-Calanda, Visiedo, Cantavieja, Santa Eulalia, Codoñera, Mas de las Matas, Rubielos de Mora, Sarrión, Gea, Torre del Compte y esta capital, en más ó menos, según la intensidad del mal lo exigía, han prestado especiales y acertados servicios á los coléricos, por su afable comportamiento en el trato de los pobres coléricos, demostrando un grande interés por prodigarles toda clase de cuidados y auxilios espirituales y corporales, habiendo operado varias veces como expertos practicantes, poniendo inyecciones y demás medicamentos prescritos por los señores médicos.» Teruel 1.° de Octubre.

La interesante comunicación del señor Obispo de la diócesis de Teruel dice: «Consignamos en las presentes con gran gusto y complacencia suma: que los Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios residentes en Ciempozuelos, han cumplido como buenos hijos de tan gran Santo, en estas nuestras diócesis de Teruel y Albarracín, con lo que su Instituto les manda, durante la epidemia que tantas víctimas ha causado en aquéllas.—Han recorrido muchos pueblos y también esta capital, y han sabido con la ayuda de Dios, librar de una muerte casi segura, á muchos infelices con los medios que sus conocimientos en la muy grave enfermedad del cólera, les proporcionan. Han asistido á los enfermos con una caridad heroica, infundiendo valor á los pusilánimes, alentando á los débiles, excitando al dolor de sus culpas á los moribundos, y haciendo conocer á todos lo que valen los Religiosos en las grandes angustias y pruebas por que atraviesan las sociedades.—Dios Nuestro Señor, rico en misericordias, premie tanto celo, abnegación tanta y caridad tan ardiente. Nós, con nuestros diocesanos, agradecemos al Todopoderoso tan grande misericordia como ha tenido con nosotros, dándonos con dichos Hermanos consuelo en nuestra aflicción, aumento de gracias con sus oraciones, y el haber edificado á los fieles con su conducta ejemplarísima y relevantes virtudes. — Consignamos finalmente que la grata memoria que dejan en esta tierra aragonesa será perdurable.—Nós al despedirlos con lágrimas en los ojos, pedimos á Dios desde lo íntimo de nuestro corazón los bendiga, haga prosperar en España tan caritativo Instituto, y si es posible,

los veamos en nuestra diócesis, y con grande agradecimiento les damos la bendición más entusiasta y amorosa en el Nombre, etc.—Teruel 9 de Setiembre de 1885.—*Antonio,* Obispo de Teruel y Administrador apostólico de Albarracín.»

Después de tan elocuentes y sentidas palabras, no cabe añadir una más, sólo debemos rogar á Dios que ojalá no olviden nunca los pueblos á los enviados por su misericordia.

HIJAS DE LA CARIDAD
DE SAN VICENTE DE PAUL.

(FILIACIÓN ESPAÑOLA).

Dos palabras sobre esta fundación. La Congregación de las Hijas de la Caridad es de 1634 y se debe á San Vicente de Paul eficazmente ayudado por la gran cooperadora de sus obras ilustre Legras (Luisa de Marsillac).

Luisa de Marsillac nació en París en 1591: era sobrina del famoso guardasellos Miguel de Marsillac; se casó á los 22 años con Antonio Legras y entró á formar parte de la servidumbre de María de Médicis; se quedó viuda sin hijos, y resolvió consagrarse por completo á la Religión, y especialmente á las obras de caridad; conoció en esta época á San Vicente y le auxilió eficazmente en sus caritativas empresas de socorro á los pobres enfermos y á los niños abandonados.

Las Hermanas de la Caridad se encargaron desde su fundación de la asistencia en los hospitales y se las llamó «las Hermanas Grises» por el color del hábito que adoptaron.

Cuando ya el número de Religiosas se fué extendiendo, pasaron, sin abandonar los hospitales, á los hospicios y á las casas de expósitos, fundadas también por San Vicente de Paul.

Con el transcurso del tiempo la santa comunidad fué aumentando, y de Francia se extendió muy pronto á las naciones católicas, especialmente á España é Italia, y hoy día se las encuentra esparcidas por todo el universo.

En España cuentan con numerosas casas y no hay infortunio público ó particular para el que no se halle siempre dispuesta á volar á una Hermana en su socorro.

Es muy común, hasta en personas de alguna ilustración el confundirlas con otras instituciones nacidas al calor de su ejemplo y de sus virtudes bajo el genérico nombre de Hermanas de la Caridad. En verdad ellas se llaman Hermanas porque lo son entre sí como hijas de una misma Madre que es la Iglesia católica, y por esta razón es su instituto, única y exclusivamente, el de Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, sin que pueda confundírselas con otro alguno.

Los honores de esta última lucha con el cólera en España, á ellas de derecho pertenecen. Más de 60 quedaron en el campo de batalla, sellando con su sangre los juramentos de su instituto, y volaron al cielo á recibir la inmortal corona del martirio y el premio á sus angélicas virtudes.

Fieles á nuestro propósito de analistas, poco añadiremos por cuenta nuestra,

como no sea deplorar el que se encuentren hombres bastante miserables y malvados que después de ver y elogiar sus heroicos hechos en los momentos del peligro, se encarnicen después con estas instituciones á las que tanto deben el pueblo y los particulares.

Malvados que después de recibir tal vez la vida y la salvación á costa de los mártires que la Religión alienta y engendra, ponen la tea ó el puñal homicida en manos mercenarias ó fanatizadas para arrancar de cuajo, si posible fuera, de la sociedad cristiana las instituciones religiosas, únicas que dan flores de tan perfumado aroma.

Miserables que convierten al pobre pueblo en instrumento inconsciente de ruínes venganzas, de ingratitud monstruosa, hacia sus desinteresados bienhechores.

Como este trabajo no es de apología sino de historia, dejaremos que los hechos hablen por ellos mismos; nosotros no tendremos otro trabajo, como hasta ahora, que el de coordinarlos, entendiendo que cuanto llevamos razonado tiene aplicación á todos los Institutos religiosos, útiles para los que en ellos están congregados supuesto que en ellos se cultivan todas las virtudes y útiles de un modo particular para la sociedad en general, que edifican con su ejemplo, y salvan en las solemnes crisis de los pueblos.

Las Hermanas de la Caridad.—En las tristes circunstancias que atravesamos de epidemia, las Hijas de San Vicente de Paul, establecidas en esta capital, secundan dignamente á sus Hermanas de otros pueblos que se hallan en análogas circunstancias, contribuyendo con su valor y abnegación á que las que constituyen esta utilísima y santa institución, se hayan hecho acreedoras al hermoso título de heroínas de la Caridad, que tanto la prensa como toda persona que alberga en su pecho nobleza de sentimientos les concede.

Tenemos la convicción que al tributarles justísimos elogios conquistados con su conducta, hemos de herir la modestia que siempre acompaña á los rasgos de caridad sublime que llevan á cabo por amor al Crucificado, amor santo, único que inspira el total desinterés por las cosas del mundo en beneficio del prójimo.

Á la Religión Católica, que tenemos la indecible dicha de profesar, es á quien debemos las Instituciones religiosas, todas grandes, tan benéficas como santamante humildes, entre las que contamos á las Hijas del esclarecido San Vicente de Paul, de las que hoy nos ocupamos.

No vamos á detallar los inmensos servicios que han prestado hasta la fecha á los enfermos encomendados á su cuidado desde que se estableció el hospital de coléricos en esta localidad, porque sería prolijo enumerarlos. Nos parece suficiente la consideración á que se presta, los cuidados que necesita el que tiene la desgracia de ser atacado por la devastadora enfermedad, para que desde luégo los comprendamos.

Estas privilegiadas criaturas no se satisfacen en rebasar con creces los límites del deber, siendo lo verdaderamente admirable la felicidad que embarga sus nobles corazones cuando se hallan en el pleno ejercicio de su penosa y laudable misión. Nadie nos lo ha referido; hemos tenido ocasión de apreciarlo nosotros mismos. Hacía ya días que venían prodigando su asistencia y dulces consuelos á la cabecera de los coléricos desgraciados del referido hospital; el número de Hermanas era insuficiente para llenar las múltiples atenciones á que tenían que hacer frente cuando el cólera se hallaba en todo su apogeo, haciéndose preciso por lo tanto regularizar el servicio de éstas para que turnaran, á fin de que pudieran dar á sus fatigados miembros el descanso indispensable para que su salud no decayera, ordenándolas fueran á reponerse á la residencia que tienen en la calle de D. Juan de Aragón donde se dedican á la enseñanza de niñas, hasta que fuera preciso relevar á las que habían quedado junto al lecho del dolor. Poco conformes